

mos derecho alguno, y pues que cada uno de nosotros tiene en el cielo un protector especial, escuchad las oraciones de vuestros Santos: admitid la ofrenda que os hacen con nosotros del mismo Sacrificio: recibid la sangre de tantos Mártires unida á la de vuestro Hijo, como una Hostia de propiciacion, como una víctima de agradable olor, y como un holocausto perfecto. Esta es la gracia que os pedimos por Jesu-Cristo, la qual esperamos que nos concedereis por Jesu-Cristo, y os alabaremos con Jesu-Cristo en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

ESTAS PALABRAS

PER IPSUM.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. I. vers. 3.

*Todas las cosas fueron hechas por él:
y nada de lo que fué hecho se hizo sin él.*

ESTA verdad sea hace, hermanos míos, muy sensible, bien sea que miremos las operaciones del Verbo en el órden de la naturaleza, ó que las consideremos en el de la gracia. En el órden de la naturaleza Jesu-Cristo co-

mo Sabiduría eterna asistia al Criador de todas las cosas, y en el de la salvacion, descende por él del Padre de las luces todo don perfecto, y toda gracia excelente. Por él se ha obrado el Sacrificio de la Misa, el mas inefable de los misterios: por él ha sido procurada la reparacion debida á la Magestad de Dios: por él es consumada la santificacion de nuestras almas. Estas palabras que la Iglesia pone en boca de sus Ministros son muy propias para concluir una serie de oraciones consagradas á producir el mas santo, el mas grande, y el mas eficaz de los Sacrificios. Esta es una confesion que nos inspira la confianza y la humildad, por que reconocemos en ella, que nada hay ni existe sino por Jesu-Cristo, y confesamos que sin él no hay adoracion capaz de agradar á Dios, ni oracion que pueda purificarnos.

La Iglesia ha dado fin á la oracion precedente segun y como lo acostumbra en las demas oraciones: esto es, pidiendo en nombre de Jesu-Cristo, y esperando por Jesu-Cristo: ha aquí los motivos de su confianza en las palabras siguientes: *por quien, Señor,*

produces siempre todos estos bienes, los santificas, los vivificas, los bendices, y nos los das. Por él, y con él, y en él, á ti, Dios Padre Todopoderoso, que eres una cosa con el Espíritu Santo, es dado todo honor y gloria por todos los siglos de los siglos.

Todas las cosas fuéron hechas por Jesu-Cristo, omnipotente como el Padre y autor de todo bien como creador con el Padre, y nada de lo que fué hecho se hizo sin él. Todos los seres espirituales y racionales, sensibles y animados, corporales y materiales han salido de sus manos: él es quien les ha dado el movimiento y la vida: él es quien ha presidido al órden admirable que reyna en este vasto universo; y anunciando los cielos la gloria del Creador, publican la sabiduría del Verbo que los ha producido. El pan y el vino que acabamos de ofrecer, eran ya por su naturaleza dignos de nuestra admiracion, y ahora son por su destino el objeto de nuestro reconocimiento. El Verbo los ha creado para nuestro uso, los ha destinado para conservacion de nuestra vida, y se sirve de ellos para perpetuar los seres que ha

formado á su imágen y semejanza. Pero él tambien ha santificado estos mismos bienes, y los ha convertido en su propia substancia. En efecto, ya no es un pan material, sino un pan viviente: ya no es el alimento de nuestro cuerpo, sino que nutre nuestras almas. Estos alimentos ya no tienen por objeto el mantener una vida perecedera, sino el procurarnos una vida eterna. Ya no son formados de un trigo corruptible, de un fruto susceptible de mudanza y alteracion, sino que es el trigo de los escogidos, y el vino de la verdadera vida que ha plantado el Padre. Todo es santo en este alimento, su esencia, su destino y su efecto. Este verdaderamente es el árbol que lleva el fruto de vida, plantado en medio de la Iglesia, como dice un Padre, para vivificar á los que el veneno del pecado podia conducir á la muerte eterna. Por la virtud de este pan podemos renovarnos cada dia, y recobrar una vida nueva. Las heridas que nos da el enemigo de nuestra salvacion, se curan por la virtud de este alimento; y este vino que Jesu-Cristo nos presenta en el Altar; es en las aflicciones y los trabajos un cá-

liz de consuelo; un principio de fuerza en las tentaciones, y un manantial de alegría en el estado de abatimiento y de tristeza. Este es el fruto de bendicion, y la bendicion es quien le ha producido. A todos los que participan de él les procura la bendicion; y de este pan verdaderamente baxado del cielo es de quien se ha dicho: en él serán benditas todas las naciones.

Todos estos recursos se han preparado, hermanos míos, para nosotros, y por esta causa nos dicen algunos Doctores de la Iglesia, que los Angeles en el cielo, sin embargo de que están embriagados en este torrente de delicias del Señor, miran con una santa envidia la función de los Sacerdotes de la Ley nueva, porque ellos obran por Jesu-Cristo misterios que no les es dado producir; porque Jesu-Cristo que manda á los Angeles, obedece al hombre, y porque aquel que para salvarnos ha preferido la substancia del hombre á la de los Espíritus bienaventurados, en algun modo encarna y renace de nuevo en todos los lugares y tiempos en que se ofrece el Sacrificio de la Misa. Ved, pues, en estas cor-

tas reflexiones el compendio de lo que Jesu-Cristo ha obrado por nosotros ; y la Iglesia nos va á mostrar lo que él hace, y lo que hacemos en él y por él para la gloria de Dios su Padre.

Nosotros damos á Dios por Jesu-Cristo el honor que le es debido, porque nuestras manos criminales no pueden ofrecerle por sí mismas un homenaje digno de su Magestad suprema. El Padre San Bernardo penetrado de esta verdad, habla en estos términos : ¿ Me atreveré yo sin Jesu-Cristo á acercarme á mi Dios ? El es tan puro, que no puede añadirse un grado de santidad á su esencia, y yo por mi naturaleza soy tan pecador é impuro, que no puedo hacer por mí otra cosa que degradar mas y mas la naturaleza ; pero para que la baxeza y la corrupcion de ella no fuese ya un obstáculo para ofrecer á Dios mis oraciones, me ha sido dado Jesu-Cristo, á fin de que purificado con la union de su esencia, pudiese yo honrar á Dios como merece ; de manera que todo se hace por Jesu-Cristo : las adoraciones, los homenajes, la reparacion misma del pecado, todo se hace por medio de Jesu-Cristo. Ya no reconoce límites

mi gratitud. La eternidad de Dios es honrada, porque ofrezco la víctima viviente y verdadera : la santidad de Dios es reverenciada, porque el Sacerdote santo, puro y sin mancha es el que ofrece por mis manos : su justicia es reconocida, porque se hace la inmolacion de la hostia de propiciacion : su misericordia en alguna manera es auxiliada, porque él es el mediador entre Dios y los hombres, y el Angel de la Paz que hace subir hasta el Altar sublime del cielo el incienso y el humo del holocausto : su inmensidad es adorada, porque este es el Sacrificio de todos los lugares, de todos los tiempos, de todos los instantes, y que existirá mientras que dure el mundo. Esto es lo que yo hago en Jesu-Cristo, estos son los honores que tributo á mi Dios ; y si por mi naturaleza no puedo llegar á su Magestad suprema, podré en Jesu-Cristo dar á su Magestad todo honor y toda gloria.

Tambien ofrezco con Jesu-Cristo. El ministerio que exerce el Sacerdote no es una simple imitacion, ó una representacion del Sacrificio de la cruz, sino una verdadera execucion de esta

primera inmolacion. No hace una accion que Jesu-Cristo no la haga con él. Si bendice los dones ofrecidos, Jesu-Cristo les da el valor que los santifica : si levanta sus ojos al cielo, y extiende sus manos para orar, Jesu-Cristo presenta á su Padre sus propias manos teñidas con su sangre : si pide ó da gracias, si se humilla y llora sus propios pecados, Jesu-Cristo implora la clemencia de su Padre. Así el Sacerdote nada hace sin Jesu-Cristo, y es en algun modo un segundo Jesu-Cristo, un Verbo visible, que hace sensible al pueblo lo que sobre el Altar sublime del cielo hace el Verbo invisible ; pero lo que debe sernos todavía mas admirable es que así el malo como el buen Sacerdote ofrece con Jesu-Cristo, de suerte que el Sacerdote mas indigno comulga y consume con Jesu-Cristo el mas precioso de los Sacrificios.

Esta sola consideracion deberá inspirarnos el mayor horror, no solo á los malos Ministros, sino tambien á nosotros mismos, siempre que no llevamos al Sacrificio de la Misa el espíritu de justicia y de santidad ; porque nosotros, así como el Sacerdote, estamos real-

mente con Jesu-Cristo, ofrecemos con Jesu-Cristo ; y esta especie de asociacion al mismo ministerio nos impone la estrecha obligacion de ser santos como él lo es.

En fin, el Sacrificio es ofrecido en Jesu-Cristo. En él solo se concentra todo su mérito y su valor ; sobre él solo echa Dios una mirada de misericordia, y esta mirada que reflexa sobre nosotros, es la que nos salva y nos santifica. La Iglesia por tanto nos dice que no debemos poner nuestra confianza ni en las ceremonias exteriores, ni en las oraciones que tiene destinadas para ofrecerle : todas estas cosas no son santas sino porque Jesu-Cristo se las hace propias ; y así debemos mantenernos unidos estrechamente á él en el Sacrificio. En él encontraremos la santidad de que carecemos, y la atencion y el fervor que no podríamos tener por causa de nuestra flaqueza. En él son justos nuestros pensamientos, santos nuestros deseos, y recta nuestra voluntad. En él somos fuertes, á pesar de nuestra fragilidad ; estables, sin embargo de nuestra inconstancia, y justos, á pesar de la corrupcion de nuestra naturaleza.

En él damos el honor y la gloria al Padre Eterno, le reconocemos como el principio de todo lo criado, confesamos nuestra dependencia, como tambien su poder, su inmensidad y su sabiduría; prevenimos su justicia, reclamamos su misericordia, le bendecimos en todas sus obras; y esta breve oracion encierra todo lo que contienen las oraciones mas dilatadas, porque se hace en la unidad del Espíritu Santo, y este Espíritu solo es el que puede formar en nosotros estos gemidos inefables que se elevan hasta el trono de la misericordia. El es el vínculo de la caridad del Padre y del Hijo, como tambien el vínculo precioso del amor que nos une con estas dos personas; y así esta oracion no se limita á la vida presente, sino que verdaderamente es el cántico de la eternidad, porque al mismo tiempo que repetimos en la tierra estas palabras, publican los Bienaventurados en el cielo que la gloria, el poder, el honor y el imperio solo pertenecen al Eterno, sentado sobre el trono, y al Cordero que se sacrifica sobre el Altar.

Por tanto, hermanos míos, procu-

remos que nuestros corazones estén siempre de inteligencia con nuestros labios al decir esta oracion, y que el amor á las criaturas jamas la desmientan. Quando pronunciamos estas palabras, podemos decir con verdad que hablamos en los cielos, porque unimos nuestras voces á las de los Angeles y de los Santos; pero si al retirarnos á nuestras casas vuelven á ser terrenos nuestros pensamientos, y carnales nuestros deseos, entónces caemos en algun modo del cielo á la tierra, dexamos la mansion de la inmortalidad para fixarla en el destierro, y preferimos como insensatos el language de los hombres al de los amigos de Dios.

Señor Jesus, ya que en Vos, por Vos y con Vos alabamos y bendecimos al Padre Eterno, no permitais que nos venga esta desgracia. Sed siempre el principio de los homenajes que le rendimos, el modelo de los sacrificios que le hacemos, y el origen de los bienes que esperamos, para que en Vos y por Vos le demos el honor y la gloria en el tiempo, y alcancemos con Vos el bendecirle y amarle en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL PATER NOSTER.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. II. vers. 1.

Señor, enséñanos á orar.

No parece que tenemos necesidad, hermanos míos, de la instruccion que pedian en otro tiempo á Jesu-Cristo los Apóstoles, si consideramos la prodigiosa diversidad de fórmulas y de oraciones destinadas á solicitar los socorros temporales, y las gracias de que necesitamos en el órden de la salvacion; pero si atendemos al poco éxito de nuestras súplicas, y á la ninguna proporcion de nuestra conducta

con las gracias que solicitamos, no podremos ménos de continuar diciendo á Jesu-Cristo con ardor: *Señor, enséñanos á orar*; añade á las lecciones que das á tu Iglesia el gusto, el sentimiento y las disposiciones que se requieren para pedir lo que se necesita. Instruidos por nuestra propia experiencia, y por las frecuentes lecciones de la Iglesia de toda la extension de nuestras necesidades, tenemos un pleno conocimiento de las cosas que nos faltan; pero distraídos sobre un punto tan interesante con mil objetos exteriores y sensibles, pedimos sin atencion, sin recogimiento y sin gusto. Aprovechémonos, pues, de estas reflexiones que nos inspirará esta parte de la Misa, á fin de aprender lo que se necesita para dar eficacia y valor á esta oracion en particular, y á las demas que hacemos.

La Iglesia por medio de las diferentes ceremonias que tiene adoptadas para el augusto Sacrificio del Altar, nos hace pasar sucesivamente de la preparacion á la instruccion, de la instruccion á la oblacion, y de la oblacion á la consagracion; y ahora por la ora-

cion que vamos á meditar nos introduce en la quinta parte, que debe servir de preparacion á la comunión. Pero ¿por qué la Iglesia no ha puesto la oracion Dominical á la cabeza de todas las demas oraciones que componen la Liturgia, mediante que en ella tenemos un modelo de todas las súplicas que dirigimos al Señor? El uso de la primitiva Iglesia bastará para responder á esta pregunta. La oracion Dominical era la última que se enseñaba á los Catecúmenos, y se reservaba para el tiempo en que iban á recibir el sacramento del Bautismo, sin duda con la mira de que estuviesen ya fortificados en la fe, ántes de confiarles una oracion, que será siempre infructuosa miéntras que no se dirija por el espíritu de fe; y asimismo porque se la consideraba como el compendio de todas las verdades de la salvacion, de las peticiones que puede hacer un Cristiano, y de las disposiciones que deben conducirlo á los pies del Altar. Este es el motivo que ha tenido la Iglesia para escoger la oracion Dominical, á fin de que sirviese de preparacion á la santa Comunión; y nosotros para entrar en sus miras, de-

bemos estudiar los sentimientos que deben animarnos en esta circunstancia. No intento hacer aquí una larga explicacion de esta oracion, sino considerar en general su relacion con el santo Sacrificio de la Misa, teniendo presente que entre todas las oraciones es esta la mas propia para conseguir las gracias que solicitamos.

Quando decimos con atencion la oracion del Señor, encontramos en ella: primero, el orden de nuestras peticiones: segundo, el objeto de ellas: tercero, el modo de hacerlas. Estas tres partes van á ser la materia de este discurso.

El orden de nuestras peticiones. La gloria de Dios, nuestra salvacion, la del próximo, y los socorros temporales son todas las cosas que pedimos sucesivamente en esta oracion, tan subordinadas las unas á las otras, que no es posible abandonarlas aun por los que están dominados de la codicia. Ella ha sido dictada por aquel Señor que habia dicho poco ántes á sus discípulos: *buscad primero el reyno de Dios y su justicia, y despues lo tendreis todo.* Por tanto empezamos pidiendo que nos venga el reyno de Dios; y como

la posesion de este reyno está unida estrechamente á la justicia, el cumplimiento de ella se explica por estas palabras: *Santificado sea el tu nombre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* De aquí resulta que aunque los Cristianos estén poseidos de las ideas de los bienes sensibles, si quando dicen esta oracion, meditan sus palabras y estudian su espíritu, no es posible que se engañen sobre un punto tan esencial: ellos deben conocer que no deben pedir el pan substancial del cuerpo hasta que hayan pedido el alimento invisible del alma; y que las inclinaciones que se dirigen á satisfacer la propia voluntad, y por consecuencia á complacerla en sus gustos y deseos, no son legítimas miéntras que estos deseos no vayan conformes con la voluntad de Dios. La Iglesia ha observado constantemente este órden en todas las oraciones que componen la Liturgia; y así ha pedido siempre á Dios con preferencia la remision del pecado, la reconciliacion del pecador, y la constancia en la justicia ántes de solicitar en favor de los que participan de este Sacrificio los bienes, la

salud y los otros auxilios temporales. ¿Por qué causa la mayor parte de los Cristianos llevan al Sacrificio de la Misa corazones tan carnales y terrenos? ¿Por qué está distraido el espíritu de casi todos los asistentes con las ideas de su establecimiento y su fortuna, ó con el sentimiento de las pérdidas y de los accidentes desgraciados que les acontecen? ¿Será de extrañar que la oracion mas santa y mas eficaz produzca tan poco fruto? ¿Nos admiraremos de que Dios abandone á tantos Cristianos que apartan los ojos de su presencia solo para buscar los bienes perecederos? ¿Es posible que estén mas apegados á la tierra, que lo estaba en otro tiempo el Judío mas carnal y mas grosero? ¡Ah! levantemos tambien nuestros corazones, quando el Sacerdote levanta la voz para anunciarnos esta oracion admirable, y apliquémonos la advertencia que sirve de prefacio.

El Sacerdote nos dice de la manera mas inteligible, *oremos*, y nos prepara para la oracion con un motivo muy propio para engendrar en nuestras almas este sentimiento. Los pre-

ceptos mas saludables, nos dice, son los que deben servirnos de regla en la oracion que vamos á dirigir. En este santo exercicio hemos tenido á todo un Dios por modelo, por Doctor y por Maestro; y así podemos hablar con toda seguridad caminando en pos de Jesu-Cristo. Esta advertencia nos impone la estrecha ley de conformarnos en todo con la intencion de este Divino Salvador; y si el Apóstol, hablando del misterio de la cruz, decia á los primeros fieles: *penetraos de los sentimientos que han animado á Jesu-Cristo*, yo puedo repetir aquí las mismas palabras á todos los que quieren decir con fruto esta oracion: si queréis orar con Jesu-Cristo, en union con Jesu-Cristo, y en el nombre de Jesu-Cristo, no basta decir las mismas palabras de Jesu-Cristo, sino que es preciso que ante todas cosas pidais la gloria de Dios y vuestra salvacion, y este es el medio de conformaros al orden que Jesu-Cristo mismo os prescribe.

Objeto de nuestras peticiones. En esta oracion encontrareis el compendio de quanto debéis pedir, de manera que no hay una súplica que no pueda re-

ferirse á la oracion Dominical; y un Cristiano que la dice con viva fe y constante atencion, puede estar cierto que lo ha pedido todo. Ella es para nosotros un testimonio sensible del amor de Jesu-Cristo, el qual, segun el Apóstol, no dió la preferencia en el conocimiento de su Evangelio á los mas nobles, á los mas poderosos y sabios del siglo: sino que quiso facilitar á todos, hasta los mas baxos y miserables, el recurso poderoso de la oracion, para que les abriese igualmente la entrada á su reyno. Es ciertamente cosa muy vergonzosa para los que se precian de instruidos en nuestra Religion, el ver que muchas gentes sin educacion, sin conocimientos y sin luces dicen con mas fervor, recogimiento y fe que ellos la oracion Dominical. De aquí nacen los progresos sensibles de los unos, y que cada dia se afirman mas y mas en la paciencia, en la humildad, y en el desprendimiento de los objetos sensibles y terrenos, miéntras que los otros se hallan tan tibios y lánguidos, como si acabasen de ser reducidos á la fe.

Esta diferencia debemos atribuirla al espíritu que anima á los unos y á

los otros. En efecto, un Cristiano que dice con fe la oracion Dominical, encuentra en ella abundantes bienes, y el compendio de toda la Religion, á saber, un Dios infinitamente superior á él, porque está en los cielos; pero que por un efecto de su misericordia, se ha dignado venir á él, y autorizarle para que le llame Padre: un Dios, cuyo nombre es santo y terrible; però muy amable para el que le ama y le glorifica: un Dios, cuyo poder se extiende sobre todos los seres; que ha dicho, y ha sido hecho todo; que ha mandado, y han sido creadas todas las cosas; pero que exercitando su poder sobre nosotros, nos proporciona en nuestra misma obediencia el origen de la verdadera felicidad: un Dios, que retirado en el secreto de su gloria, no parece accesible sino á los Angeles que le contemplan y le sirven; pero que no se desdeña de asociar á los hombres á su ministerio, pues que quiere ser servido por ellos en la tierra, como lo es por estos espíritus en el cielo: un Dios, que tiene en sí quanto necesita; pero que sin embargo quiere que le pidamos y esperemos para premiarnos.

He aquí lo que descubre un Cristiano fiel en esta oracion admirable, en la qual se compendian y explican sus obligaciones para con Dios de una manera tan consoladora como instructiva. En ella encuentra con la misma abundancia todos los recursos que pueden asegurar su propia santificacion. Si tiene necesidad para alimentar su alma del socorro invisible de la gracia, y de un alimento material y sensible para sostener su cuerpo, uno y otro se lo designa baxo el nombre de pan cotidiano; y pidiendo este pan, pide quanto necesita para la vida corporal y espiritual. *Dadnos el pan nuestro de cada dia*: es decir, no permitais que nuestra alma desfallezca: si está triste, consoladla con vuestras promesas: si está débil, fortificadla con vuestro socorro: si se ve atacada por sus enemigos, auxiliadla con vuestra fuerza: si está hambrienta de justicia, alimentadla con vuestra gracia: haced que Jesu-Cristo, que es el Pan vivo baxado del cielo, nunca se aparte de ella, sino que sea su pan cotidiano, y de esta suerte no experimentará escasez.

Dadnos el pan de cada dia: es

decir, pues que habeis hecho consistir nuestra vida en el uso de los alimentos, haced que sean ellos el fruto de nuestro trabajo, y no el principio de nuestra sensualidad. Nada os pedimos sino pan, esto es, lo único necesario; y os lo pedimos para cada dia, porque esta es la única necesidad verdadera: qualquiera otra es imaginaria, porque es el efecto de nuestra impaciencia ó de nuestra codicia; pero este pan de cada dia no le pedimos solo para nosotros, porque el interes del próximo y el amor que le debemos son dos motivos poderosos para tenerle presente en la oracion Dominical. El buen Cristiano no lo refiere todo á sí mismo, sino que extiende su caridad á todos sus próximos. Pero se hace muy de otra manera en el siglo fatal en que vivimos, donde el interes personal es el único móvil de todas nuestras acciones, olvidando que no tenemos derecho alguno á los bienes y á las gracias que solicitamos, sino en tanto que demos en ellas parte á nuestros hermanos. En esta oracion hablamos con Dios nuestro Padre, y no solicitamos que nos venga su reyno

para nosotros solos, sino para todos indistintamente. El pan espiritual y material debe repartirse entre nosotros, como se hace en las familias mas numerosas: las aficciones espirituales y corporales que nos amenazan, son males comunes que debemos temer para el próximo, como para nosotros mismos, solicitando su remedio con todo el interes posible. En fin, debemos excusar sus flaquezas, y perdonárselas para que se nos perdonen las nuestras. Ved el compendio de los recursos que nos ofrece la oracion Dominical.

Si el tiempo me lo permitiese, me detendria para explicar la tercera parte contenida en esta oracion, á saber, el modo de pedir; pero bastará observar que en ella se ve el espíritu de sumision que pone en la mano de Dios la eleccion de los tiempos, de las gracias y de los medios de santificacion: se ve el espíritu de confianza que inspira el pedir sin dudar, y el esperar sin murmurar: se ve el espíritu de humildad que reconoce sus miserias, y que confiesa sus pecados; en fin, se ve el espíritu de caridad que nos hace amar á Dios porque es Dios, y al próximo

por Dios. Por tanto, si decimos esta oracion penetrados de su espíritu, reunimos en ella el mérito de todas las oraciones, aseguramos los frutos mas abundantes, y pedimos para el tiempo presente todo quanto puede conducirnos para la salvacion; y para la vida futura todo lo que puede colmar nuestros deseos en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

LIBERA NOS.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 19. vers. 42.

¡Ah, si tu reconocieses siquiera en este tu día lo que puede traerte la paz!

ESTE es el último cargo que hace Jesu-Cristo á esa nacion infiel, en cuyo favor habia obrado tantos prodigios, y á quien habia ofrecido tantos medios de salud. Estas palabras se las dirigió pocos dias ántes de su pa-